

RAFI BONET

BOLERO DE LA SOLEDAD



A Francisco, siempre.

A Pedro Luis y Aurora, mis mejores creaciones.

Al pequeño Cesc que apenas ha comenzado el relato de su vida.

ÍNDICE

<i>Prólogo de Francisco Rincón</i>	11
BOLERO DE SOLEDAD	
<i>Bolero de la soledad</i>	17
<i>Una voz en la tarde</i>	23
<i>El viento trae olor de primavera (Tempo lento)</i>	29
<i>Doña Soledad</i>	33
<i>Manuel</i>	39
TANGO DEL DESAMOR	
<i>El ladrón y la librera</i>	47
<i>Carta desde Estambul</i>	55
<i>Amores perdidos</i>	57
<i>Mi corazón son tus ojos</i>	61
<i>Amor en las Redes</i>	65
EL JAZZ DEL OLVIDO	
<i>Alima</i>	75
<i>Santos Domínguez</i>	81
<i>El tren de las 23,40</i>	85
<i>El dinosaurio alegre</i>	91
<i>Cuando llegue marzo</i>	97
BLUES OTOÑALES	
<i>Adolescencia</i>	105
<i>Tiempo de crisis</i>	109
<i>Un trabajo fácil</i>	115

<i>El viejo y el niño</i>	121
<i>Fin de semana de perros</i>	125

SWING DE LOS PLANETAS

<i>DLOW 3E2. Planeta Rojo</i>	137
<i>Dulces momentos</i>	141
<i>Mar de estrellas</i>	143
<i>Madrugada de novela.</i>	145
<i>El hombre que no pudo salir de su sueño.</i>	149

PRÓLOGO

Introducción a los bailes de salón

En los géneros narrativos actuales se produce una curiosa tendencia divergente. Mientras la novela se extiende y alarga hasta lo inabarcable, el cuento se contrae hasta alcanzar su mínima expresión.

Allan Poe estableció una relación de equilibrio entre la extensión y el contenido de la narración. Según él, lo que caracteriza a una narración no es la extensión, sino la forma de conseguir el efecto que persigue.

Un cuento es una unidad de lectura. Se lee de un tirón. No se puede interrumpir, porque el efecto narrativo de sorpresa, descripción, cansancio, exaltación... se pierde sin remedio.

Pero con frecuencia estos efectos, que en la novela se alcanzan por acumulación de situaciones y personajes, en los cuentos se pueden producir también por la sucesión de narraciones relacionadas a través de una situación, localización, personajes o contenidos de las narraciones, de por sí autónomas.

Es lo que ocurre en estos cuentos. Son todos ellos independientes y sin relación aparente, pero el conjunto deja un aroma de vitalidad, que se impone a todos los hedores que surgen del pantano en que a veces se transforma la vida cotidiana.

Esa relación invisible es la que trata de sugerir la agrupación de los cuentos del libro en cinco apartados, en cinco invitaciones a otros tantos bailes.

En las danzas de la muerte medievales, el esqueleto que la personifica llama a bailar a personajes de todo tipo. La variedad se extiende a la edad, sexo, oficios, clase social... Nadie puede soslayar el abrazo de la danzante macabra.

En las danzas de estos relatos, la llamada es de la vida.

También la llamada de la vida es universal y se extiende a adolescentes, adultos de todo tipo, jubilados de la esperanza o emigrantes desubicados.

Los veinticinco cuentos que forman el libro se agrupan en cinco bailes de salón que recorren situaciones y sentimientos arraigados en la sociedad actual.

Los boleros de la soledad, título del primer baile, y del conjunto de las narraciones, tras el desgarramiento inicial de los dos personajes perdidos en la noche, y de otros habitantes de los siguientes relatos, Adelina, Ángela, Manuel y sobre todo doña Soledad, sortean las trampas de este bolero de la vida, con una punta de humor, otra de ternura y un mucho de ingenio para superar los pasos más duros de la muerte que los ronda.

Los tangos del desamor, esos pensamientos tristes que se bailan, como los definía Santos Discépolo, presentan el distanciamiento de las parejas en distintos momentos de la relación. Desde el sorprendente avance hacia el encuentro, de *El ladrón y la librera*, donde la chispa salta en el robo inconsciente de un libro, hasta la inversión total de *Amor en las redes*, donde el chasquido del desamor se produce en un final inesperado de cuerpos rotos que se vencen.

El jazz del olvido es un recuerdo doloroso sobre todo para los emigrantes, arrojados por la vida, de sus países y de su propia

existencia. *El tren de las 23,40* es una síntesis de situaciones acumuladas al final del día, en un vagón del último tren que los devuelve a su propia angustia. Alina, Santos Domínguez, Julia o Eduarda son otros tantos personajes que viajan hasta las últimas luces de la vida por túneles de incógnitas.

Los blues otoñales se deslizan entre la desesperación adolescente, el suicidio calculado de la vejez, de *Tiempo de crisis*, o la picaresca humorística de *Un trabajo fácil*, donde los protagonistas, jóvenes y viejos, sobreviven a través de la contraposición de ingenios y zancadillas. Entre el humor y la melancolía, la abuela sin recursos de *Un trabajo fácil* estafa a los supuestos estafadores que sobreviven engañando a través de contratos equívocos, sin más maldad que la posibilidad de alargar su propia inexistencia.

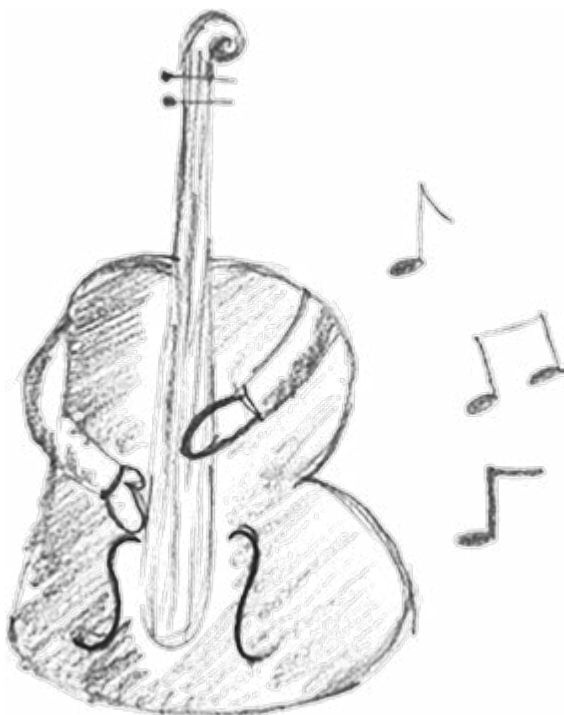
El Swing de los planetas se baila en el espacio, en las estrellas del mar nocturno, en los combos circulares de la creación que alterna con la droga y el abandono de *Madrugadas de novela*, o en las afueras de los sueños surreales con que termina el libro, de *El hombre que se pierde en un sueño* del que le resulta imposible salir.

Es el final simbólico de esta danza de la vida a la que nos invita la autora.

Francisco Rincón

BOLERO DE SOLEDAD

“Ron oscuro para mí. Whisky ambarino para ella”



BOLERO DE LA SOLEDAD

Aquella madrugada el alcohol me llevó hasta un mugriento bar de las afueras.

Pedí otra copa de ron mientras una voz ronca y cansada desgranaba la ranchera triste del mexicano José Alfredo:

*Me cansé de rogarle;
con el llanto en los ojos
alcé mi copa y brindé por ella;
no podía despreciarme.
Era el último brindis
de un bohemio por una reina.
Los mariachis callaron.*

...

Cuando terminó la canción, me acerqué a una mesa.

Había pocos clientes. Normal a esas horas de la madrugada.

La invité con un gesto. Con otro llamé al camarero. Ella no abrió la boca, se limitó a asentir con la cabeza. El camarero la entendió y al momento un vaso con líquido ámbar estaba entre sus manos.

No hablamos. Cada uno sumido en sus pensamientos.

De cuando en cuando hacía de nuevo un gesto y el camarero volvía a rellenar nuestros vasos.

Cuando casi ni me tenía en pie, me levanté y me marché. Ella aguantaba más que yo. Tenía unos ojos oscuros y un cabello rojizo, quizás teñido. "El color de la menopausia" había oído

decir, porque todas las mujeres maduras acababan en amplia mayoría con ese color de pelo. Le quedaba bien. Sus rasgos dejaban ver un atractivo antiguo. Las ojeras moradas hablaban de largas noches sin sueño.

Salí a la calle. La ciudad despertaba lentamente. Algunos transeúntes me cedían el paso.

Llegué, por inercia, hasta mi casa. Dormí hasta las cinco de la tarde.

Cuando desperté tenía dolor de cabeza, como siempre, desde hacía meses, y un regusto agrio en la boca.

Me duché y me vestí. Lo dejé todo tirado por el suelo. Ya lo recogería Adelina, que venía una vez por semana y me arreglaba el cubil.

Estaba de vacaciones. De vacaciones o en el paro, no estaba seguro. Desde que Marta me abandonó, por la empresa de informática que habíamos montado Carlos y yo, aparecía de vez en cuando, y mi socio me sugirió que me tomara unas vacaciones o lo dejara todo, que conmigo no se podía contar en esas condiciones.

Así que llevo varios meses en pozos de tristeza y alcohol a cual más hondo.

Varios días después estaba otra vez por aquellos barrios. Reconocí el bar y la voz, que ahora cantaba o sollozaba un tango:

*Si arrastré por este mundo
la vergüenza de haber sido
y el dolor de ya no ser.
Bajo el ala del sombrero
cuantas veces, embozada,
una lágrima asomada
yo no pude contener...*

*Si crucé por los caminos
como un paria que el destino
se empeñó en deshacer;*

Me acerqué adonde ella estaba y cantamos a dúo la continuación:

*Si fui flojo, si fui ciego,
sólo quiero que hoy comprendan
el valor que representa
el coraje de querer.*

*Era, para mí, la vida entera,
como un sol de primavera,
mi esperanza y mi pasión.*

Al acabar nos miramos un momento, nos reconocimos y un aleteo de sonrisa asomó a nuestros labios.

Me senté a una mesa y pedí un ron doble.

Después de otra canción, la mujer se acercó, se sentó y colocó en la mesa su vaso ambarino.

No dijimos una palabra. Bebimos en silencio también esta vez. Una hora y otra.

De tanto en tanto, se levantaba y subía a cantar alguna otra canción. Luego volvía a mi mesa, bebía en silencio, sin mirarme y alguna lágrima rodaba de improviso sobre sus mejillas.

Me acostumbré a su voz, a sus tangos y milongas, a su sonrisa triste, a sus silencios. Y cada noche, ya como una rutina, aparecía al filo de la madrugada y me quedaba bebiendo con ella hasta el amanecer.

Las rutinas tienen horario. El cuerpo se acostumbró a la bebida y a la noche.

Mis manos encontraron poco a poco calor entre las suyas.
Nuestra tristeza se hizo una sola.

Un día llegué más temprano de lo habitual. Y todavía sereno. Allí estaba ella.

Desmadejada sobre una silla, su pelo rojizo desparramado sobre la mesa y un hilillo de sangre que caía goteando bajo la mesa.

El bar estaba solo. Grité y la zarandéé. Cogí el móvil y llamé a una ambulancia. Tardaron diez minutos en llegar. Subí con ellos y la acompañé al hospital.

Durante dos días cabalgó con la muerte, mientras yo le cantaba al oído:

*Quisiera quererte,
con toda mi alma,
hacer en tus brazos,
mi nido de amor,
quisiera quererte,
con todas mis ansias,
y abrirte la puerta,
de mi corazón.*

Cuando la pasaron a una habitación compartida, seguí visitándola.

Sus ojeras se habían difuminado bastante. Había adelgazado más si cabe y los ojos parecían más grandes.

La saludaba al llegar. Ella me contestaba al saludo y después callaba.